

Portugal en el teatro español del siglo XVII

JOSÉ ARES MONTES

Homenaje al Prof. Alonso Zamora Vicente

1. Es bien conocida la afición de nuestros dramáticos del siglo XVII a llevar a la escena tipos y temas portugueses; lo hicieron con notable profusión y en muchas de sus comedias exaltaron personajes históricos y glorias lusitanas. Por lo que respecta a Lope de Vega y a Tirso de Molina, existen varios trabajos que abordan el estudio de esta particularidad. En todos ellos se pone de relieve la lusofilia de estos autores, especialmente la de Tirso, lo cual no parece estar reñido con las sátiras y burlas de que también eran objeto los portugueses al exagerarse algunas de sus cualidades. Se les alababa su valor, cortesía e ingenio, así como la belleza, honestidad y firmeza de las mujeres, pero se les censuraba con bromas, eco quizá de las voces de la calle, que rara vez traspasaban los límites del buen gusto, la manía hidalguista, la arrogancia, la vanidad y, sobre todo, la condición enamoradiza, por la que se les daba el nombre de sebosos, de pure derretidos¹.

También en Portugal, si no en un teatro de escaso relieve, sí en libros de historia y en poemas épicos, se multiplicaban los elogios a los Felipes y se aireaban las glorias españolas —ellos decían castellanitas—, con un entusiasmo que no siempre sería adulación cortesana. Eugenio Asensio, en un memorable artículo sobre el tema español en la épica portuguesa durante la monarquía dual, afirmaba la existencia, a pesar de la animosidad de unos y otros, de la colaboración política y de ideales e intereses comunes: «Basta abrir un poema para verlos aflorar. Pueden resumirse en cuatro: la lealtad al monarca, la defensa y prosperidad del imperio, el catolicismo militante y misionero, la unidad de sangre y tradiciones históricas»².

Nuestros autores hicieron también uso ocasional de la lengua portuguesa, unas veces con intención burlesca, otras para caracterizar mejor a

1. Estas eran también características que los portugueses, y no sólo ellos —véase Miguel Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, 1966—, atribuían a los españoles. Ya en 1509, Gil Vicente sacaba a escena, en la *Farsa da India*, a un castellano fanfarrón y derretido.

2. «España en la épica filipina». *Revista de Filología Española*, XXXIII (1949), pp. 66-109. La cita en la p. 95.

los personajes de aquella nación. Casi siempre lo hicieron mal, muy mal. ¡Qué diferencia con el dominio del español mostrado por los incontables portugueses que lo utilizaron en sus obras!

En nuestro teatro del siglo XVII abundan las comedias inspiradas más o menos en historias extranjeras o ambientadas en una Italia o en una Polonia o Francia que poco o nada tienen que ver con la realidad. Pero en ningún caso la historia se trata con tanta admiración y respeto — demos de lado ahora a anacronismos y otras flaquezas— como cuando se refiere a Portugal, ni los personajes son elogiados como lo son los portugueses. ¿Existía alguna razón especial, aparte de la proximidad geográfica y el parentesco, llamémosle así, entre los dos países, para esta preferencia y este trato? Precisamente, el objeto de este trabajo es intentar descubrir si hubo otras razones que la pretendida lusofilia, que expliquen el interés de nuestros autores por la materia de Portugal.

2. Cuando, en 1580, Felipe II incorpora Portugal a sus dominios, el panorama del teatro portugués, nunca hasta entonces brillante, si exceptuamos el oasis gilvicense, era, más que precario, desolador: una agonía de farsas y autos malos o mediocres. La dominación española llevó a Portugal cosas buenas y malas: entre las primeras, y en el terreno literario, la posibilidad de crear un teatro más acorde con los tiempos, es decir, tomando como modelo la comedia lopiana que difundían y popularizaban en Portugal las compañías españolas que, a poco de instaurada la monarquía dual, comenzaron a actuar en el reino vecino, en los patios de comedias que, a imitación de los españoles, se abrieron en Lisboa: primero, el «Pátio do Borratém», inaugurado poco después de la anexión; hacia 1591, el «Pátio das Arcas», llamado también «da Betesga», y en 1619, con motivo de la visita de Felipe III a Lisboa, el «Pátio das Fangas». El ejemplo se extendió a otras ciudades.

Sin embargo, la actividad de las compañías españolas y la comedia lopiana apenas si consiguieron despertar la creatividad nacional, y no porque nuestro teatro ejerciese, como han afirmado algunos, la presión de una losa sobre los autores portugueses, sino, simplemente, porque los pocos que cultivaron el teatro, casi siempre en español, no destacaron por su valor ni por su originalidad. Teófilo Braga pensaba: «A influência do theatro hespanhol não se deve considerar como uma causa de decadência, mas sim de degeneração do nosso theatro nacional»³. Esta influencia se mantuvo hasta bien entrado el siglo XVIII. «O theatro castelhano, depois da invasão hespanhola ter sido sacudida —dice el mismo autor—, dominou absolutamente os nossos escriptores dramáticos, impoz-se à ad-

3. *História do Theatro Portuguez. A comédia clássica e as tragicomédias. séculos XVI e XVII*. Porto, 1870, p. 329.

miracão, obrigou-os a escrever na língua e pelos modelos de Lope de Vega. Havia muito que aproveitar d'esta imitação, se ella não fosse tão absorvente»⁴. Añadamos que después de sacudida la dominación española, continuó la influencia de nuestro teatro aproximadamente un siglo más, ahora con más textos en portugués y predominio de Calderón de la Barca y su escuela.

Simão Machado fue, sin duda, el primer autor portugués que intentó una aproximación a la comedia española en dos difusas piezas bilingües —*O Cerco de Diu* y *A Pastora Alfea*—, probablemente nunca representadas⁵. Más afortunados, porque si vieron sus obras en los escenarios de España y Portugal, fueron Jacinto Cordeiro y Juan de Matos Fragoso.

Después de la sublevación portuguesa de 1640 siguió una larga guerra entre los dos países: Portugal luchaba por consolidar su independencia; España, para evitar la quiebra de la ficticia unidad peninsular y no perder, además, su flanco atlántico. Curiosamente, las compañías españolas continuaron actuando en Lisboa y en otras ciudades portuguesas, quizá sorprendidas por el estallido de la sublevación y no poder regresar a España en aquel momento. Así, la compañía de María Riquelme, que trabajaba en el «Pátio das Arcas» al producirse la rebelión el primero de diciembre de 1640, continuó representando hasta final de mes⁶. Por los mismos días, actuaba en Coimbra otra compañía española, que, a petición de la Cámara de aquella ciudad, representó una comedia de Jacinto Cordeiro para celebrar la Restauración.

Más tarde, probablemente después de la firma de la paz, en 1668, los comediantes españoles —se tienen noticias de Antonio Escamilla, Cosme Pérez, Félix Pascual, Francisca Bezón y otros— se arriesgaron a cruzar de nuevo la raya y reanudaron con éxito sus actuaciones en el nuevo reino, continuadas por otras compañías hasta mediados del siglo XVIII⁷.

Cuando se nos dice que el pueblo portugués, el pueblo llano e ingenuo, volvía la espalda a la literatura en español, se olvida que era ese pueblo el que llenaba los patios de comedias para apasionarse con las intrigas urdidas por nuestros autores, deleitarse con sus versos y reír las chanzas del gracioso. Pensar que aquella gente acudía a los teatros a *ver* comedias sin *entenderlas* es simplemente absurdo⁸. Un representante del

4 *Ob. cit.*, p. 285.

5 *Comédias Portuguesas*, Lisboa, Pedro Crasbeeck, 1601.

6. Este dato, como los siguientes, procede de Gustavo de Matos Sequeira, *Teatro de outros tempos*, Lisboa, 1933, pp. 113 y ss.

7. Para compañías españolas en el Portugal del siglo XVIII, véase Jacqueline Monfort, «Quelques notes sur l'histoire du théâtre portugais (1729-1750)», *Arquivos do Centro Cultural Português*, IV (1972), pp. 566-599.

8. Sobre la difusión del español en el Portugal seiscentista, vid. José Ares Montes, *Góngora y la poesía portuguesa del siglo XVII*, Madrid, 1956, pp. 119-136.

Integralismo Lusitano tan conspicuo como Hipólito Raposo, no tuvo inconveniente en reconocer esta realidad:

«Tal vez que na pujança, e variedade da comédia castelhana se possa encontrar uma das razões que justificam a falta de teatro português neste periodo, se na corte e nas principais cidades se davam representações que a todas exigências correspondiam, que todos os temas ventilavam e em que os feitos da história portuguesa eram interpretados e exaltados sinceramente, *numa lingua comprehendida pelo próprio povo dos campos*»⁹.

3. Si dejamos a un lado las tragedias *Nise lastimosa* y *Nise laureada*, de Fr. Jerónimo Bermúdez, sobre la desdichada Inés de Castro¹⁰, parece haber sido Lope de Vega el primer autor español que se sintió atraído por los temas portugueses. Dos comedias suyas parecen iniciar esta corriente lusista: *La tragedia del Rey D. Sebastián y bautismo del príncipe de Marruecos*, 1595-1603, y, si es suya, *Don Manuel de Sosa y naufragio prodigioso y príncipe trocado*, 1598-1600, fechas probables propuestas por S. Griswold Morley y Courtney Bruerton¹¹. Lope llevó a la escena, en diversos momentos de su vida, asuntos de actualidad; los de estas comedias lo eran bastante y volvieron a interesar más tarde a otros autores¹².

Se explica que Lope compusiese, aunque arbitrariamente, una obra sobre la tragedia de Alcazarquivir, tan comentada y cantada por historiadores y poetas, y cuyo protagonista, don Sebastián, era además sobrino de Felipe II, todavía reinante. La figura del desdichado rey portugués carece, en Lope, de relieve y dramatismo, pero se destaca su papel de mártir de la fe, gracias a cuya muerte heroica se salvará, quince años después, el alma del príncipe Muley Xequé.

En cuanto a *Don Manuel de Sosa*, Lope explota un suceso acaecido en 1552 y muy divulgado en pliegos de cordel durante la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII. Pero Lope tenía además como incentivo la reciente publicación de un extenso poema del portugués Jerónimo Corte Real, donde se narraban por extenso las vicisitudes de Manuel de Sousa

9. «O sentimento português de Lope de Vega», en *Aula Régia*, Porto, 1936, pp. 299-367. La cita en la p. 327; el subrayado es mío.

10. *Primeras tragedias españolas de Antonio de Silva*, Madrid, Francisco Sánchez, 1577.

11. *Cronología de las comedias de Lope de Vega*, Madrid, 1968.

12. El lusitanismo de Lope ha sido estudiado por Fidelino de Figueiredo, *Lope de Vega. Alguns elementos portugueses na sua obra*, Santiago de Compostela, 1936; Hipólito Raposo, art. cit. en la nota 9; José Maria Viqueira, *El lusitanismo de Lope de Vega y su comedia «El Brasil restituído»*, Coímbra, 1950, y «Notas sobre *El lusitanismo de Lope de Vega y su comedia «El Brasil restituído»*», *Brasília*, VI (1951), pp. 184-196; Edward Glaser, «El lusitanismo de Lope de Vega. Portugal y los portugueses como tema literario», *Boletín de la Real Academia Española*, XXXIV (1954), pp. 387-411.

Sepúlveda y familia¹³. El tema interesó también a Tirso de Molina en *Escarmientos para el cuerdo*, probablemente de hacia 1614¹⁴.

A estas dos primeras comedias siguieron más de veinte, no todas de segura atribución, por donde corren personajes portugueses, generalmente en lances de amor, o donde se enaltecen las virtudes de los reyes y las gestas lusitanas y se hace el elogio, a veces desmedido e imprudente, dadas las precarias relaciones entre los dos países, de nobles como el Duque de Braganza, don Teodosio, de dudosa fidelidad al monarca español. El entusiasmo por la Casa de Braganza, la que se alzaría con el trono portugués en 1640, llevó a Lope a ensalzarla en el poema *Descripción de la Tapada*, 1621, y en dos comedias históricas: *El Duque de Viseo* y *El más galán portugués Duque de Verganza*, escritas, según Morley y Bruerton, en 1608-1609, la primera, y en 1610-1612, la segunda.

Límites del espacio cronológico que abarcan las comedias de tema histórico portugués de Lope —recuérdese también, entre otras, *El Príncipe Perfecto*, sobre el reinado de João II— son *La lealtad en el agrario*, que Menéndez Pelayo identificaba con *Las Quinas de Portugal*, citada por Lope en la lista de la primera edición de *El peregrino en su patria*, 1604¹⁵, confusa crónica dramática sobre Afonso Henriques, primer rey de Portugal, y *El Brasil restituído*, especie de reportaje escenificado sobre la reconquista de Bahía, en 1624, por las tropas españolas y portuguesas y la expulsión de los holandeses del Brasil.

No importa que la fidelidad histórica se diluya en la inventiva poética; la historia de Portugal está ahí, vista con admiración y cantada con entusiasmo, así como elogiado en extremo la belleza de las portuguesas y el valor, generosidad y fidelidad de los portugueses.

Con todo, un buen conocedor de las relaciones literarias hispano-portuguesas, Edward Glaser, planteó una tesis que no parece haber tenido eco entre los lopistas, según la cual, en Lope había una dualidad con respecto a Portugal: exaltador de sus glorias y excelencias en las obras publicadas y crítico negativo en los escritos privados, es decir, en las car-

13. *Naufrágio e lastimoso successo da perdiçam de Manoel de Sousa de Sepúlveda...*, Lisboa, Simão López, 1594, pero anterior a 1590, fecha probable de la muerte de Corte Real.

Trató el mismo tema el español Francisco de Contreras, autor del poema *Nave trágica de la India de Portugal*, Madrid, Luis Sánchez, 1624. Vid. J. Ares Montes, «Francisco de Contreras y el Naufragio de Sepúlveda». *Rev. de Filología Española*, LIX (1977), pp. 256-277.

14. J. Ares Montes, «I resti di un naufragio». *Quaderni portoghesi*, n.º 5 (1979), pp. 45-67.

15. *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, IV, Santander, 1949, 71-78. Vid. Adrien Roig, «Le Miracle d'Ourique dans deux comedias espagnoles: «La lealtad en el agrario» de Lope de Vega et «Las Quinas de Portugal» de Tirso de Molina», *Rev. Española de Teología*, 44 (1984), pp. 217-240.

tas. Glaser aportaba varios ejemplos que, si no del todo concluyentes, son, por lo menos, dignos de tener en cuenta¹⁶. ¿Estaríamos, pues, ante una actitud análoga a la de Juan Valera en el siglo pasado?

¿Y Tirso de Molina? A la lusofilia de Tirso se han consagrado varios estudios, coincidentes todos en destacar, aún más que en el caso de Lope, su amor y admiración por Portugal¹⁷. Alonso Zamora se expresaba así en uno de estos estudios:

«En líneas generales, podemos afirmar que, aparte de la interpretación común a los escritores de la época sobre las virtudes y desgracias del hombre portugués, Tirso entrevé, cariñosamente, aspectos entrañables de la historia y la vida de Portugal, con el mismo amor e idénticas preocupaciones que las que le acosan en su teatro de tema íntegramente castellano»¹⁸.

Tirso escribió siete comedias de tema predominantemente portugués, donde la historia, como en Lope, suele estar plagada de anacronismos y los hechos deformados en beneficio de la intriga novelesca¹⁹. La verdad es que sólo una puede calificarse declaradamente histórica, *Las Quinas de Portugal*, acerca de la legendaria fundación del reino portugués. Pero existen, por lo menos, ocho comedias más con personajes portugueses y abundantes referencias y alusiones a Portugal. Recordemos, entre ellas, *La gallega Mari Hernández*, *Antonia García*, *La Santa Juana* y *El burlador de Sevilla*.

Es en ésta donde se encuentra la discutida descripción de Lisboa, que ha inducido a muchos a afirmar, sin más pruebas, la estancia de Tirso en aquella ciudad, cuando pudo haber utilizado fuentes orales o librerías, abundantes en aquel tiempo.

Menéndez Pelayo fue categórico al enjuiciar esta descripción, sugiriendo que podría tratarse de una interpolación de «algún portugués ávi-

16. Art. cit. en nota 12.

17. Manuel de Sousa Pinto, *Portugal e as portuguezas em Tirso de Molina*, Lisboa, 1914; Edwin S. Morby, «Portugal and Galicia in the plays of Tirso de Molina», *Hispanic Review*, IX (1941), pp. 266-274; Alonso Zamora Vicente, «Portugal en el teatro de Tirso de Molina», *Biblos*, XXIV (1948), pp. 1-41; Raymond Cantel, «Le Portugal dans l'oeuvre de Tirso de Molina», *Mélanges d'Études Portugaises offerts à M. Georges Le Gentil*, Lisboa, 1949, pp. 131-154; José María Viqueira, «La lusofilia de Tirso de Molina», *Biblos*, XXXVI (1960), pp. 265-489; M.^a del Pilar Palomo, «El amor portugués en Tirso de Molina», *Monteagudo*, n.º 30 (1960), pp. 4-13; Solange Parvaux, «La matière de Portugal dans la comédie *Averigüelo Vargas* de Tirso de Molina», *Bulletin des Études Portugaises*, Nouvelle Série, XXVIII-XXIX (1967-68), pp. 121-143.

18. Art. cit. en la nota anterior, pp. 1-2.

19. *El vergonzoso en palacio*; *Averigüelo Vargas*; *Doña Beatriz de Silva*, anteriores a 1620; *El amor médico*; *Escarmientos para el cuerdo*; *Siempre ayuda la verdad*, anteriores a 1636; *Las Quinas de Portugal*, 1638.

do de ensalzar las glorias de su capital», y la calificaba de pedantesca, mal escrita y pegote que nada tiene que ver con la obra de Tirso²⁰. Marc Vitse la justifica, en cambio, como un elemento de valor simbólico dentro de la estructura general de la obra²¹. Pero ¿cómo perder de vista que Tirso intentaba probablemente halagar al público de Lisboa, elogiándole la grandeza y encanto de su ciudad, a la vez que daba al público español — si la loa no fue escrita exclusivamente para lisboenses— noticia de la grandiosidad y riqueza de un lugar que era pasmo de viajeros españoles desde mediados del siglo XVI?

4. No es mi intento acumular referencias a comedias de tema portugués ni transformar este artículo en una antología de citas. He destacado los casos de Lope y Tirso porque son ellos, sin duda alguna, quienes mejor encarnan la lusofilia que nos ocupa. Pero no se puede olvidar la figura de Inés de Castro, recordada ampliamente en *Siempre ayuda la verdad*, de Juan Ruiz de Alarcón, y cuyo drama amoroso llevaron a la escena Lope de Vega, en una comedia perdida, Luis Mexía de la Cerda, en *Doña Inés de Castro, Reyna de Portugal*, casi plagio de la *Nise Lastimosa* de Bermúdez, y, sobre todo, Luis Vélez de Guevara en *Reinar después de morir*, traducida e imitada repetidamente en el Portugal del siglo XVIII²².

Otro tema atrajo muy significativamente a nuestros autores: la desdichada expedición africana de don Sebastián y su muerte en Alcazarquivir. Estas comedias parecen un medio para justificar los derechos de los reyes españoles al trono portugués y apoyar la monarquía dual. Más arriba cité *La tragedia del Rey D. Sebastián* de Lope; tras él, superándolo, Luis Vélez de Guevara escribió *El Rey D. Sebastián*, anterior a 1607. El entusiasmo de Vélez le dicta un halagüeño retrato del Rey puesto en boca de un portugués y en época muy próxima aún a los conflictos suscitados por la aparición de varios supercheros que intentaban hacerse pasar por el infortunado joven, quien, según una leyenda alentada en ciertos medios portugueses hostiles a España, no había muerto y regresaría a Portugal para recuperar su corona²³:

Escúchame: sus años
serán poco más de veinte.

20. *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, III, Santander, 1941, p. 76.

21. «La descripción de Lisboa en *El burlador de Sevilla*», *Criticón*, n.º 2 (1978), pp. 21-41.

22. Aunque en las numerosas ediciones de la comedia *Ver y creer*, de Juan de Matos Fragoso, se le llama «Segunda Parte de *Reinar después de morir*», la verdad es que no existe más relación con la obra de Vélez de Guevara que la intervención del Rey D. Pedro en una de sus sangrientas justicias y dos o tres leves referencias a la muerte de Inés de Castro.

23. Para esta cuestión, vid. J. Lúcio de Azevedo, *A Evolução do Sebastianismo*, 2.ª ed., Lisboa, 1947.

Es de proporción hermosa,
 tiene el rostro grave y bello,
 crespo y áspero el cabello,
 ancha frente y espaciosa;
 verdes los ojos y grandes,
 la nariz, de fuerte y sabio,
 bello y partido el un labio
 por lo que tiene de Flandes.
 Ancho de espaldas y pecho,
 donde el corazón valiente,
 con estar tan anchamente,
 parece que vive estrecho.
 De pies y piernas y brazos
 hermosamente compuesto;
 es dadivoso, es honesto,
 hace en las manos pedazos
 dos herraduras y aun tres;
 al más furioso caballo
 para, con sólo apretallo
 entre las piernas y pies.
 Si salta, es viento; si corre,
 al viento ligero admira,
 y cuando la barra tira,
 no hay quien su señal le borre.
 Siempre de las armas trata,
 y como falta en su tierra
 donde ocuparse en la guerra,
 jabalies y osos mata.
 Y para decir quien es
 en estilo más sucinto,
 es nieto de Carlos Quinto
 y en efecto portugués²⁴.

Juan Grajales, en *El bastardo de Ceuta*, y Juan Pérez de Montalbán, en *El hijo del Serafín*, *San Pedro de Alcántara*, ambas posteriores a la comedia de Vélez, hacen insistentes referencias a la expedición del Rey, y en la de Montalbán se le destaca como personaje episódico²⁵.

Habría que citar otras contribuciones al tema portugués de Guillén de Castro, Mira de Amescua, Rojas Zorrilla, Moreto, Matos Fragoso, a alguno de los cuales me referiré más abajo, y, por supuesto, Calderón de la

24. Ed. de Werner Herzog, Madrid, 1927, pp. 77-78.

25. Puede añadirse a esta lista *El Rey Don Sebastián* de Francisco de Villegas, posterior a 1640. La Barrera cita además en su *Catálogo una comedia anónima, La pérdida del Rey Don Sebastián*, representada, dice, ante la Reina Isabel de Borbón en octubre de 1622, y otra titulada *Jornada de don Sebastián en Africa*, ms: de 1632, que bien pudiera ser la comedia *Jornada del Rey don Sebastián*, del portugués Vicente Mascarenhas.

Barca²⁶, quien, en *A secreto agravio, secreta venganza*, además de sacar a escena a don Sebastián, para ambientar históricamente el drama, ha trazado en la figura del protagonista, don Lope de Almeida, el prototipo del portugués virtuoso y discreto, contrapuesto a la superficialidad y traición de los personajes castellanos²⁷. Pero es en *El Príncipe constante* donde Calderón eleva a categoría de símbolo —religiosidad y patriotismo— a otro portugués, el histórico príncipe don Fernando.

5. Al tratar de *Las Quintas de Portugal* —las comedias de Lope y de Tirso—, Menéndez Pelayo valoraba el lusitanismo de nuestros dramáticos del siglo XVII con las siguientes palabras:

«Lo que sí se observa en uno y en otro ingenio, y aún podemos añadir en todos los que dentro de la edad de oro de nuestra poesía trataron asuntos históricos del reino vecino, es no sólo una completa ausencia de todo linaje de hostilidad contra los portugueses, aun en aquellos casos en que el pundonor o la vanidad de Castilla podían parecer interesados, sino en franca y cordial simpatía, más que de hermanos, como quiera que la fraternidad étnica no hubiera bastado a crearla. Para nuestros poetas de aquel tiempo, Portugal era uno de los varios reinos de España, y en sus glorias encontraban motivo de regocijo, y motivo de duelo en sus tribulaciones, y en todo ello inspiración para el canto, hasta cuando eran logradas las palmas del triunfo en luchas fratricidas y a nuestras propias expensas, puesto que ni siquiera al condestable Nuño Alvarez, vencedor de Aljubarrota, le faltaron egregios panegristas castellanos en prosa y en verso, como ha advertido recientemente el Sr. Sánchez Moguel. Sólo en el siglo pasado empezamos a considerarnos como extraños los unos a los otros, para inmensa calamidad de todos»²⁸.

Sí, hay en las obras de estos autores una «cordial simpatía» y admiración por una historia que en muchos casos es considerada común a la del resto de España. No es difícil imaginar el entusiasmo que estas comedias producirían en el público portugués, para el cual estaban sin duda escritas en buena parte, a falta de portugueses que lo hiciesen. No parece haber duda tampoco que nuestros autores tendrían asegurado el éxito. Pe-

26. Vid. José María Viqueira, «Portugal en el teatro de Calderón de la Barca», *Miscelánea de Estudos a Joaquim de Carvalho*, 3, Figueira da Foz, 1960, pp. 276-289.

27. Edward M. Wilson, «La discreción de don Lope de Almeida», *Clavileño*, n.º 9 (1951), pp. 1-10.

28. *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, IV, Santander, 1949, p. 77. El trabajo de Sánchez Moguel a que alude Menéndez Pelayo es «Nuño Alvarez Pereira», recogido en su libro *Reparaciones históricas*, Madrid, 1894, pp. 291-302. Sánchez Moguel hubiera podido añadir a sus referencias a Aljubarrota la comedia de Vélez de Guevara *Si el caballo vos han muerto*, que aborda, en medio de una intriga amorosa, la espinosa pretensión de Juan I de Castilla al trono portugués y su fracaso en aquella batalla. Ni una sola vez se permite Vélez una palabra contra los portugueses, cuyo valor destaca junto al de los castellanos.

ro ¿no existirían además otras razones para esta insistente predilección por los temas portugueses? Aparte la indudable «cordial simpatía», la admiración y, por supuesto, el éxito asegurado, ¿no existiría también algún objetivo político? Por una parte, podría descubrirse un intento de aquietar los ánimos portugueses, cada vez más descontentos con la política desarrollada en Portugal por las autoridades españolas y sus colaboradores lusitanos, mediante la divulgación de su pasado histórico, el elogio de reyes y nobles y la exaltación de las virtudes del pueblo portugués. Por otra parte, y esto cara al público español, la afirmación imperialista de que las glorias portuguesas lo eran también españolas: si Felipe II había incorporado Portugal a sus dominios, parecía natural que se incorporase también su ilustre pasado al común pasado hispánico.

Nótese que el periodo de más intenso cultivo del tema portugués coincide con el periodo de mayor acercamiento entre los dos reinos: 1595, resañadas ya, al menos en parte, las heridas de la invasión de las tropas españolas, y 1620, tras la jornada de Felipe III a Portugal, en 1619, en la que se habían puesto esperanzas que no tardarían en desvanecerse. Después de esta fecha y hasta 1640, se escribieron ya pocas comedias de materia portuguesa, faltas además de cualquier interés, si exceptuamos dos: *El Brasil restituído*, 1625, de Lope de Vega, intento de poner de relieve la comunidad de intereses entre las dos cabezas de la periclitante monarquía dual, y *Las Quinas de Portugal*, 1638, de Tirso de Molina, su canto de cisne y canto de cisne de la lusofilia en el teatro español, intento quizá, casi me atrevería a clasificarlo de desesperado en sus buenas intenciones, de exaltar al máximo las glorias lusitanas en sus mismas raíces, para aquietar los aires de fronda que corrían por Portugal desde 1628 y que culminaron, en 1637, en las llamadas «alteraciones» de Évora. En la jornada tercera, un personaje alienta a Afonso Henriques, vencedor de la morisma en los campos de Ourique, y le vaticina glorias futuras para Portugal:

Reinará tu descendencia
hasta parar en Filipo,
segundo en los castellanos
y en el portugués dominio
primero, el sabio, el prudente,
y tras él, el santo, el pío,
tercero en los de este nombre;
heredado su apellido,
con dos mundos a sus plantas,
el cuarto, el grande, el temido²⁹.

29. Tirso de Molina, *Obras dramáticas completas*, ed. de Blanca de los Ríos, 2.^a ed. vol. 3.^o Madrid, 1968, p. 1347.

Versos que probablemente no llegarían a escuchar ya ni portugueses ni españoles³⁰.

6. El primero de diciembre de 1640 estalla en Lisboa la sublevación contra el dominio español, se proclama la independencia y sube al trono el Duque de Braganza, João IV. Durante veintiocho años se lucha desesperadamente, en territorio español y portugués, para consolidar o destruir la Restauración, consagrada definitivamente en 1668, tras la paz firmada por ambos contendientes.

Roto el inestable idilio entre Portugal y España, ¿qué ocurría en el terreno teatral? ¿Cómo respondieron nuestros autores ante la nueva situación? Perdido, por el momento, el mercado portugués, y en medio de la natural hostilidad de los españoles —¿sorprendidos por la rebelión?—, era difícil continuar explotando el filón del tema portugués, al menos con las mismas características que hasta entonces. Las comedias de ese tema casi desaparecen y, salvo alguna excepción, quedan sólo alusiones a la sublevación. En una comedia de Antonio Coello y Ochoa, *Los empeños de seis horas o Lo que pasa en una noche*, cuyo asunto nada tiene que ver con Portugal, un personaje resume así los acontecimientos del momento:

Quando el gran Felipo el Grande,
Sol del Orizonte nuestro,
a quien sólo le examinan
las Aguilas del Imperio,
despachó su Embaxador
a Ungría, donde a este tiempo
el Emperador estava,
por darle cuenta del nuevo
desacierto en que le ponen
los temerarios preostos
del Catalán rebelado
y del Portugués sobervio³¹.

En *El pastelero de Madrigal*, comedia escrita sin duda después de 1640, su probable autor, Jerónimo de Cuéllar³², toca de nuevo el tema del se-

30. En contra de lo que supone Adrién Roig («*Las Quinas de Portugal* de Tirso de Molina, comedia de blasones», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXII (1983), pp. 424-447, referencia a la p. 443), creo que la comedia de Tirso no subió ya a los escenarios, ni de Madrid ni de Lisboa.

31. *Comedias nuevas escogidas... Octava parte*, Madrid, Andrés García de la Iglesia, 1657, fol. 31 v.º

También Agustín Moreto alude al alzamiento de 1640 en *Los engaños de un engaño y confusión de un papel*, Sevilla, s.a., p. 5: «Un año, /poco menos, assisti/ en Lisboa, y a este tiempo/ fue el rebelión y motín/ con que el de Berganza quiso/ su nobleza deslucir».

32. Paul Mirimée (*L'art dramatique en Espagne dans la première moitié du XVIII^e*

bastianismo, que los portugueses había transformado ya en mito nacional. Resulta un tanto extraño, si no hay una oculta intención política, resucitar este asunto en una España que luchaba por reinstaurar su autoridad en un Portugal insurgente. Y, en efecto, el autor insiste en subrayar la legitimidad de Felipe II, y por tanto la de sus herederos, como rey de Portugal. Cuéllar, o quien sea, utilizó como fuente la anónima *Historia de Gabriel de Espinosa, el Pastelero de Madrigal, que quiso fingir el rey D. Sebastián de Portugal*, publicada en Cádiz, 1595, a raíz de los sucesos. Es curioso que el librito vuelva a imprimirse en Jerez y Tarazona en 1683 y de nuevo en Jerez en 1685.

Cuéllar pone en boca de personajes portugueses palabras hostiles a Castilla, resaltando el encono de aquel país: «la Lusitania/sacuda el acerbo yugo/ con que Castilla la ultraja» y «el Castellano, ¡qué rabia!/ de Portugal se ciñó/ la Corona Soberana»³³. En una escena de la jornada segunda, Gabriel duda del éxito de sus falsos derechos:

Doy que llege a conseguirse,
doy que llegue a declararme
en Portugal, doy que sea
todo feliz, todo fácil;
Corona que es de Filipo,
rey tan sagaz y tan grande,
Cetro que no es de derecho
de conquista ni de sangre
mío, siendo un hombre yo
de tan obscura linage,
¿cómo es posible que el cielo
permita que yo lo mande?,
pues sabemos que los reinos,
siendo Dios quien los reparte,
que no se puede engañar,
se dan sólo a los que nacen
destinados para reyes
con virtudes naturales³⁴.

Hacia el final de la obra se le aparece una Sombra misteriosa a Miguel Alonso, cómplice de Espinosa, instándole a declarar la verdad ante los jueces:

siècle, Tolouse, 1983, p. 85), atribuye esta comedia, al menos en el texto conservado, a José de Cañizares, experto en arreglos de obras ajenas

33. *El pastelero de Madrigal*, Madrid, Librería de Cuesta, s. a., pp. 4 y 5.

Diego Duque de Estrada cita en la relación de sus comedias, en los *Comentarios de el desengaño de sí mesmo* (BAE, XC, p. 474), una titulada *El Rey don Sebastián fingido*, escrita y representada en Nápoles, probablemente entre 1615 y 1624.

34. Ed. cit., p. 12.

declara humilde, morirás contrito,
 que quiere Dios desengañar al mundo
 y que un Felipe, en todo sin segundo,
 una por su decreto soberano
 el cetro Portugués al Castellano.

Y Alonso declara, al fin, su culpa, reconociendo el derecho de Felipe II a la corona portuguesa, como quizá desearían los españoles de entonces que declarase el sublevado Duque de Braganza:

Desde que el rey Sebastián
 (que hoy coronado de estrellas
 yaze pisando zafiros),
 mártir de la santa guerra,
 murió, entrando el de Castilla
 por derecho, por herencia
 y por justicia en el reino,
 no pude llevar que fuera
 rey de Portugal quien fuese
 Castellano: que esta ciega
 vanidad, esta insufrible,
 desatinada soberbia,
 en todos nosotros vive
 lo que ha que de España reina³⁵.

Y recuerdo de nuevo la comedia *El Rey Don Sebastián*, de Francisco de Villegas, citada en la nota 25, síntesis de las de Vélez y Lope sobre el mismo tema. Villegas suprimió varios personajes, entre ellos un Duque de Braganza, lo que me parece sintomático, dado que la pieza es, como queda dicho, posterior a 1640.

Precisamente sobre las vicisitudes de otro Braganza, pero el del reinado de João II, se basa la *Tragedia del Duque de Verganza*, de Alvaro Cubillo de Aragón³⁶. Cubillo escenificó el episodio de la conspiración de los Braganza durante aquel reinado y el consiguiente ajusticiamiento del traidor y de otros miembros de su Casa. Lope trató también, hacia 1608, este asunto en *El más galán portugués, Duque de Verganza*, aunque en posición diferente a la de Cubillo. Lope, que elogió siempre a los Braganza, los proclama inocentes y condena la justicia de João II. Los tiempos son otros cuando Cubillo escribe su *Tragedia*; acaba de estallar la sublevación contra el rey legítimo, Felipe IV, y la capitanea, otra vez, un Duque de Braganza. ¡Qué buena ocasión para actualizar el suceso del siglo XV y relacionarlo con el del XVII! Para Cubillo, que indudablemente tiene en cuenta lo que está sucediendo en Portugal, los Braganza son traidores.

35. Ed. cit., p. 29.

36. *El Enano de las Musas*, Madrid, María de Quiñones, 1654, pp. 441-478.

por tanto deben ser castigados, mientras que el Rey es justo y víctima de la conspiración. Aunque parece que la historia iba a repetirse, esta vez triunfó la rebeldía y el derrotado fue Felipe IV.³⁷

Cubillo escribe, pues, con evidente intención política: su Duque es, además de traidor, ingrato y ambicioso y está dispuesto a matar al Rey con tal de apoderarse de la corona. En diversos lugares de la obra, Cubillo deja bien claro sus designios propagandísticos y a veces muestra un cuadro bastante real de la situación en el reinado del último Felipe, como se desprende del siguiente parlamento que el de Braganza dirige al Duque de Viseu, donde asoma una alusión a las circunstancias que precedieron al levantamiento de 1640, así como una velada acusación al mal gobierno español:

Romper el Rey los privilegios míos
son locos desatinos,
que él me avía de rogar que yo quisiera
pedirle más, aun cuando más me diera.
Tenerme a mi contento
es, Duque, el más seguro fundamento
de su Reyno, y no son consejos sabios
que él reyne y que yo sufra estos agravios,
quando yo puedo hazer tan fácilmente
titubear la Corona de su frente.
Pues ¿qué ocasión mejor, dezid, hubiera
para que nuestro enojo fin tuviera,
como verle que está necesitado
y el Reyno de gavelas abrasado?
Y estando los vassallos mal contentos,
han de tener buen fin mis pensamientos.
No hay Hidalgo o pechero, es evidencia,
que no procure estar a mi obediencia;
no hay fuerça en Portugal que tenga gente
para oponerse a mi raudal valiente,
pues los soldados viejos que tenían,
con que a respeto y atención movian,
para las guerras de Castilla todos
los han sacado, porque tantos modos
de conveniencias mías me den bríos
para lograr los pensamientos míos;
y aunque algunos soldados ha metido
en los castillos, sin provecho ha sido,
pues todos son visoños, mal contentos,
y han de vivir a mi merced atentos;

37. Vid. Juan Bautista Avalle-Arce, «Dos notas a Lope de Vega», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VII (1953), pp. 426-432.

no es razón que con tantos intereses
vivan a su elección los Portugueses,
teniendo un hombre como yo, que puedo,
dándoles libertad, causarle miedo.
Pues siendo así, ¿quién duda de su Alteza
que passe la corona a mi cabeça?³⁸

Descubierta la conjura y condenado a muerte el Duque, João II desgrana en un soliloquio una retahíla de reproches que parecen escritos para la boca de Felipe IV:

Morirá el Duque. ¡Ah tirano!,
¿qué ocasión te di que fuese
bastante a querer quitarme
la corona de las sienas?
¿En Portugal no eras tú
dueño absoluto, tan fuerte,
que cualquier decreto mío
aprobado por los Jueces,
en bueno o en mal suceso,
si se valía la plebe
de tí, sólo al ruego tuyo
se moderavan las leyes?

.....
Pues ¿cómo, traydor, ingrato
a tanto favor procedes?

.....
Duque de Verganza, fuiste
estimado de los Reyes,
tan rey en la estimación
como si el centro tuviesses
y aora, ambicioso y loco,
al desayre te concedes
de morir por ser traydor.

(pp. 476-477)

Y ejecutado el Duque, el Rey se dirige al pueblo, mostrándole el cadáver:

Lusitanos valerosos,
Grandes, nobles, ricos, plebe,
quien quiso ser vuestro rey
matándome a mí, es aquéste:
mirad cuán poco les dura
la ambición a los crueles.

(p. 478)

38 Ed. cit., pp. 448-449.

Aquella ambición duró y se consolidó para duelo de Felipe IV, quien tal vez hubiera gustado poder pronunciar esas palabras. Y para que no hubiese duda sobre las intenciones políticas de su *Tragedia del Duque de Verganza*, Cubillo la remata con los versos que siguen, aludiendo al rebelde João IV:

Dan fin la trágica muerte
del gran Duque de Vergança,
cuyo mayor descendiente,
siguiendo los mismos passos,
oy a Castilla se atreve.

No fue ésta a única ocasión en que Cubillo se refirió a la sublevación portuguesa. En 1625 había publicado en Granada un farragoso poema titulado *Curia leónica*, de carácter alegórico y escrito en silvas; tenía por objeto pasar revista a diversos aspectos de la política de la corte del León, es decir, Felipe IV. Cuando en 1654 publica *El Enano de las Musas*, pone a su frente, pp. 1-40, el poema de 1625, ahora con el título *Cortes del León y del Aguila*. Título distinto y contenido sustancialmente modificado, ya por su generosa amplificación, como por su adaptación a las circunstancias del momento, entre las que se contaban las rebeliones de Portugal y Cataluña. La referencia a Portugal dice así:

Al Portugués Gilguero,
que ayer cantava bien y ya no canta,
mandaron se le aclare la garganta,
y si acaso está ronco de opilado
y curarse quisiere el pajarillo,
sea con el azero del cuchillo:
que assí quedará sano
para poder cantar en el verano,
con menos alas y con más sossiego,
en las sacras riberas del Mondego³⁹.

39. Ed. cit., p. 13. Hay edición moderna de los dos textos por Marie-France Schmidt, «Dos fábulas políticas de Alvaro Cubillo de Aragón», *Criticón*, n.º 19 (1982), pp. 5-81.

Como testimonio de los cambios que, con respecto al Portugal posterior a 1640, se dan en los escritores españoles del siglo XVII, puede servir un pasaje de la tercera parte de *El Criticón* (1657). Gracián, siempre cauto y prudente, permaneció en sus escritos al margen de la contienda portuguesa; pero, quizá desalentado por el rumbo de la guerra, él, que había tenido siempre elogios para lo que procedía de Portugal, se permitió algunas ironías en aquella parte de su obra maestra: «Pésame que no entráredes allá [en el desván de los fidalgos portugueses] —dijo el Holgón—, porque hubiéradéis visto extremados pasajes de fantasía; que, como en otras partes se fijó el *non plus ultra* del valor, aquí el de la presunción. Allí hubiéradéis topado hidalguías de a

De más directa actualidad, puesto que se trata de un casi reportaje escenificado, es *El sitio de Olivenza*, «comedia famosa de un ingenio de esta corte»⁴⁰, que ponía sobre las tablas uno de los escasos éxitos de las tropas españolas, mandadas por generales ineptos, en la guerra contra Portugal: la toma, en 1657, de la tan discutida plaza portuguesa, española desde 1801. Es, pues, una comedia circunstancial, con un pequeño enredo amoroso, mala, pero interesante por el episodio bélico que la sustenta y por el respeto, aun en tales circunstancias, que le merece al autor el valor de los portugueses, expresado en varios lugares de la obra. Sirva de ejemplo la escena en que, al discutir las condiciones de la rendición, el maestro de campo, Manuel Saldanha, defensor de la plaza, proclama:

que la Nación Portuguesa,
por naturaleza propia,
es belicosa y sobervia,
y aunque rendida se postra
a fuerza de la fortuna,
en tocándole en la honra
sabrà morir sin que manche
su nobleza generosa⁴¹.

par de Deus, solares de antes de Adán, enamorados perenales, poetas atronados, aunque ninguno aturdido, músicos de «¡quitá allá, ángeles!», ingenios prodigiosos sin rastro de juicio. Y en una palabra, cuando las demás naciones de España, aun los mismos castellanos, alaban sus cosas con algún recelo, por excelente que sean, yendo con tiento en celebrarlas: «Esto vale algo; es así, así; parece bueno», los portugueses alaban sus cosas a todo hipérbole, a superlativa satisfacción: «¡Cosa famosa, cosa grande, la primera del mundo! ¡No se hallará otra como ella en todo el orbe, que eso de Castela es poca cosa!». Baltasar Gracián, *Obras completas*, ed. de Arturo del Hoyo, Madrid, 1960, p. 939.

40. *Parte treinta y cinco. Comedias nuevas escritas por los mejores ingenios de España*, Madrid, Lucas Antonio de Bedmar, 1670, fols. 317-348.

41. Ed. cit., fol. 346.

En el Discurso XII de su *Portugal unido y separado*, Madrid, Mateo Fernández, 1659, Pedro Valenzuela reconoce también la nobleza de los portugueses, subrayando a la vez su condición de españoles, como los propios portugueses reconocían desde mucho antes de la anexión. Valenzuela dice, con intención política, si no candor admirable, que la oposición de los portugueses «procede de la emulación noble y gloriosa, y no del odio ignominioso y villano: assi lo juzgo, regulando por lo coraçones Castellanos los de los Portugueses y demás Naciones Provinciales de España: porque aunque estén divididas hasta en los nombres, a todas compete el Español, comprendiéndose debaxo dél sin distinción alguna; porque tan Español es el Portugués, como el Castellano; el Catalán, como el Vizcaino; el Aragonés, como el Navarro; el Valenciano, como el Andaluz. De que resulta, que aunque estas Naciones ayan tomado contra sí las armas, no se miran con aquella aversión y aborrecimiento que a las Naciones enemigas extranjeras: porque si cada una ama su semejante, siempre es

Diferente es la actitud de los autores portugueses que al otro lado de la frontera celebraban, en español o portugués, los triunfos de sus armas, ensañándose en los castellanos con chacotas de toda especie en comedias como *La maior hazaña de Portugal*, de Manuel de Araújo de Castro, Lisboa, 1645⁴²; *Feliz restauración de Portugal y muerte del Secretario Miguel de Vasconcelos*, de Manuel de Almeida Pinto, Lisboa, 1649; *Diálogo gracioso dividido en 3 Actos, que contém a entrada que o Marquez de Tarracusa General de Castella fez na Campanha da Cidade de Elvas, tratando de a conquistar, e o Forte chamado Santa Luzia junto dista Cidade, e retirada que fez de Badajós com perda de muita gente sua, e reputação*, Lisboa, 1645, y *A mayor glória de Portugal e affronta mayor de Castella*, Lisboa, s.a., ambas de Pedro Salgado⁴³.

En el terreno cómico, los portugueses continúan siendo objeto de ino cuas burlas tópicas, como sucede en el *Entremés del Portugués* y en la *Mogiganga del Portugués*, de Jerónimo de Cáncer⁴⁴ y en el *Bayle de portugueses*, de Fermín Joseph de Ripalda⁴⁵.

preciso [s]obre ser conformes en religión, en la Patria y en muchos de los usos y costumbres», p. 63.

Por coincidente en parte con Valenzuela, no me resisto a repetir aquí un texto portugués del siglo XIX del nacionalista Almeida Garrett, que utilicé ya hace años en otro lugar: «Nem uma só vez se achará en nossos escriptos a palavra «hespanhol» designando exclusivamente o habitante da Península não portuguez. Em quanto Castella esteve separada de Aragão, e já muito depois de unida a Leão, etc., nós e as outras nações das Hespanhas, Aragonezes, Granadiz, Castelhanos, Portuguezes e todos, éramos por estranhos e domésticos commummente chamados hespanhoes; assim como ainda hoje chamamos allemão indistinctamente ao Prussiano, Saxónio, Hanoveriano, Austriaco; assim como o Napolitano e o Milanez, o Veneziano e o Piemontez indistinctamente recebem o nome de italianos. A fatal perda da nossa independência politica depois da batalha de Alcacerkebir, deu o titulo de reis das Hespanhas aos de Castella e Aragão, que o conservaram ainda depois da gloriosa restauração de 1640. Mas Hespanhoes somos, e de Hespanhoes nos devemos prezar todos os que habitamos esta península». *Camões*, Paris, 1825. Cito por la ed. de Lisboa, 1863, p. 214.

42. Es curiosa la justificación de Manuel de Araújo por escribir en español. En la dedicatoria a la española doña Luisa de Guzmán, esposa de João IV y ninfa Egeria de la conspiración, le dice: «fiz esta comédia em lingua Espanhola, assí por ser natural de V. Real Magestade e mui engraçada para semelhantes obras, como também porque Castella sai baler em lingua sua glórias nossas».

Sobre que el español sea lengua más adecuada, «mais engraçada», para el teatro, otro portugués, Fr. Lucas de Santa Catarina, decía años más tarde, refiriéndose a una comedia suya: «o idioma hé Castelhana, porque o Portuguez hé frio para os theatros, e não hé pouco crédito excluirém— no donde luzem mais os estrondos que os concyptos», *Seram Político*, Lisboa, 1704, las licencias son de 1695. Cito por la ed. de Lisboa, Bernardo da Costa, 1723, p. 176.

43. Barbosa Machado cita en la *Bibliotheca Lusitana* una comedia ms. titulada *Acclamación del Rey D. João o IV*.

Aquí debiera terminar este intento de esclarecer la lusofilia de nuestros dramáticos del siglo XVII, que sería interesante ampliar a otros géneros literarios, pero añadiré un autor más, que allá, en unos indecisos límites entre los siglos XVII y XVIII, escribe tres comedias donde aparece de nuevo el tema portugués. Se trata de José de Cañizares, mediocre y poco original ingenio, y las comedias son: *Lo que vale ser devoto de San Antonio de Padua*; *La heroica Antona García*, semiplagio de la *Antona García* de Tirso de Molina, y *El falso Nuncio de Portugal*, refundición de *El Nuncio falso de Portugal*, atribuido a «tres ingenios». En ellas vuelve a aparecer el portugués fanfarrón aunque es en la última donde Cañizares se muestra más hostil con los portugueses, a quienes acusa de judaizantes y ridiculiza por su arrogancia, afectación y fausto. «Las abundantes concesiones al prejuicio antiportugués de su público —dice Edward Glaser⁴⁶— resultan tan ofensivas como la ficción de esa corte [la de João III], víctima candorosa de un vulgar impostor». Lo que Glasser no tenía en cuenta, y esto podría explicar la inquina de Cañizares, era la devastadora intervención de Pedro II de Portugal en la guerra de Sucesión de España a favor del pretendiente austriaco, movido sobre todo por sus apetencias al territorio del Río de la Plata, en América, y su deseo de apoderarse de varias importantes plazas de la frontera con España. La guerra duró de 1704 a 1711.

44. *Autos sacramentales y al Nacimiento de Christo con sus loas y entremeses. Recogidos de los mejores ingenios de España*. Madrid, Antonio Francisco de Zafra, 1675, fols. 246-252.

45. *Vergel de entremeses y conceptos del donayre... por los mayores ingenios de estos tiempos*. Zaragoza, Francisco Martín Montero, 1675, pp. 160-165.

46. «Dos comedias españolas sobre el falso nuncio de Portugal», *Estudios hispano-portugueses*, Madrid, 1957, p. 260.